

JUVENTUD

Año II Madrid 23 de Febrero de 1902

Núm. 8

SUMARIO

El duelo y el juego, Unamuno.—*La actualidad*, Ramiro de Maeztu.—*El arte*, Juan Gualberto Nessi.—*La política*, Martínez Ruiz.—*El realismo real*, Silverio Lanza.—*Los obreros*, Carlos Del Río.—*El "Viejo pastor"*, Pío Baroja.—*Los teatros*, Antonio Palomero.

El duelo y el juego

Señores D. Ramiro de Maeztu, D. Pío Baroja y D. J. Martínez Ruiz

Mis queridos amigos: Hace unos días recibí un fajo de números de *El Noticiero Malagueño*, y hoy su hoja, en que incluyen mis cartas. Otró se quejaría de la publicación de una carta privada; yo, no. Lo escrito, escrito está.

Nada me sorprende la historia de su infructuosa peregrinación, ni las contestaciones que les han dado las conocidas personas que citan. Pero sí he de fijarme en una circunstancia, y es la de que el Sr. F. de la Somera sea tradicionalista, que *El Correo Español* haya sido el diario que ha acogido las notas, y que el Sr. Barrio y Mier fuese quien no vaciló en firmar el pliego que ustedes le presentaron. Siempre he lamentado la deplorable

falta de espiritualidad de nuestro huero liberalismo, y el que haya tanta gente que crea que á eso que se llama, no sé bien por qué, *ideas avanzadas*, deba ir unido cierto criterio moral de laxitud grande. No conciben el radicalismo intelectual junto con la más estricta austeridad. A mí me han tratado de reaccionario cuando he expuesto mi idea de la posibilidad política y la necesidad moral de proscibir en absoluto todas esas tolerancias de juego y de prostitución. Es más, creo que sin esta intolerancia la otra tolerancia es dañina. Alguien ha llegado á decirme que soy peor que carlista, que tengo alma de hugonote, y que la Ginebra de Calvino es mil veces peor que la Roma de los Borgias. Pero me he

oído llamar ya tantas cosas, que no hago caso.

En el fondo de todo esto tropiezan ustedes con que la mayor parte de las personas no ven nada vituperable en lo del gobernador de Málaga, pareciéndoles naturalísimo y corriente lo que hace, y se sorprenden de que nadie se indigne por ello. Es más: hay quien dice que una de las cosas en que debe conocerse que mandan liberales, es la liberalidad y tolerancia con los inevitables desahogos de la naturaleza humana. Han de encogerse de hombros los más ante su campaña, y decir: "Y á ellos, ¿qué les importa? ¿Qué perjuicio se les hace con que se juegue ó no se juegue en Málaga? ¿A quién si no á sí mismo se daña el jugador?," Y ya saben ustedes que ésta es doctrina corriente donde hay instintos suicidas y se considera en el fondo al suicidio como cosa lícita.

Porque ya sabemos que cada uno es para sí y puede hacer de su capa un sayo, y los demás, la familia inclusive, que se jeringuen.

Aquí, en Salamanca, se suicidó un sujeto por causa del juego; esto provocó una queja pública del obispo y cierto rigor gubernativo, pero al fin todo ha vuelto á su cauce ordinario, porque el Casino de los señores no puede sostenerse sin el juego, y es una necesidad para la cultura del pueblo que ese Casino se sostenga.

Sucede con esto como con esa estúpida y degradante costumbre del duelo. Cada día dan cuenta los diarios de duelos, y como si no. Lo que me sorprende es que los acepten escritores, que gente de pluma consienta en esgrimir la espada y hasta crea que es ésta más noble que el palo. A este propósito preparo un diálogo titulado *El Calamar*, animalito que se defiende con su tinta, ennegreciendo el ámbito en torno suyo, para escapar de los ataques de sus enemigos. Y los calamares no deben ni pueden aceptar la concepción leonina de que las garras del león sean armas más nobles que su tinta. La misma Naturaleza

que dió garras y fauces al león, garras y pico al águila, cuernos al toro, etc., dió patas veloces á la liebre, pequeñez al mosquito y veneno á la víbora. No hay armas nobles ni innobles; lo noble ó innoble depende del fin á que se esgrimen y del modo de esgrimir las. Hay que destruir la concepción caballeresca, la que viene de aquellos bárbaros caballeros que proclamaron sus armas nobles, é innobles las del villano; santa la fuerza, y degradante la astucia. Quede el duelo para los caballeros (doy á esta palabra un pésimo sentido); los hombres deben pelear de otro modo.

Y volviendo á su campaña, he de decirles que han tenido la desgracia de acudir para ella á políticos, y tal como aquí se entiende, la política no debe de esperarse de ella nada en cuestión de moralidad, quiero decir de campañas moralizadoras. El mote que más teme un político es el de Catón. La política es transigencia y acomodo, dicen. Eso de velar desde el Gobierno por que no se desmoralice á la juventud, marcaría la reacción y sería la muerte de toda libertad. Reaccionario es prohibir la canción de *La pulga*, y ridículo según dicen. Aseguran, además, que tales medidas son contraproducentes. Lo importante es que no se produzca escándalo, porque ya entonces llega á ocurrir lo que con Ribot en Cadiz. Y esto provocó, como ustedes saben, una disidencia en el partido liberal. Compárenla con la disidencia de Silvela con Cánovas.

Yo celebro que ustedes no cejen en su campaña y que eso se agite, pues la "campaña de moralización en abstracto," de que les habló Salmerón y el "gran mitin de política general," de Santiago Alba, serán ineficaces si no arrancan de caso concreto. Toda reforma eficaz y duradera ha arrancado de algo muy concreto. Sólo el abstracto que brota de un concreto es vivo. El asunto Calas, sostenido por Voltaire, fué fecundísimo para soluciones generales; de la campaña contra la predicación de las indulgencias, nació la Refor-

ma. Lo demás son filosofías, en el peor sentido de esta palabra.

¿De qué sirven acusaciones concretas si no se han de probar? Porque aquí no se prueba nada; y ahoga la atmósfera de cobardía y de mentira en que se vive.

Huyan como de la peste de los *amables escépticos* que simpatizan con los pobrecitos jugadores. ¿Qué han de hacer esos pobrecitos señores si no juegan?

Además, eso puede oler á preocupaciones cristianas, y el cristianismo es enemigo, ya se sabe, de lo natural y aspira á ensombrecer la vida. La *joie de vivre* ante todo y para lograrla chirлатas, tabernas, *music-halls*,

casas de placer (así las llaman), semanarios para que los chicos del Instituto se dediquen al onanismo, etc. Los países más cultos son los más corrompidos, luego la corrupción es causa de la cultura. La lógica no puede ser más estricta. Y al fijarse en que han sido tradicionalistas los que antes han acogido su campaña, mediten en si no hacen con ella un flaco servicio á la sacrosanta causa de la libertad y de la democracia. Anden con ojo, no sea que les llamen, como á mí me han llamado, carlistas.

Saben cuán su amigo y que de veras lo es.

Miguel de Unamuno

LA ACTUALIDAD

Las huelgas.—Proporción inversa: radicalismo y decencia.—Proporción directa: católicos y anarquistas.—Las cuestiones Blasco Ibañez y el último mono.

Condené por adelantado en *El Imparcial* la huelga general. Y en la JUVENTUD, periódico sin rotativa y sin millones, vuelvo á condenarla. Ya sé que no es ésta la postura más gallarda. ¡Haría tanto efecto un artículo de retumbante prosa en que se excitara á los obreros madrileños á incendiar esta ciudad, esta Babilonia, esta Gomorra... etc, etc!... Aquí son todas las gentes más ó menos anarquistas. En ese tipo de *Realidad*, que es á la vez viejo acaudalado, usurero y anarquista, ha sabido cristalizar Galdós un estado de espíritu muy frecuente en la burguesía españo-

la... Anarquista en las palabras, ususero en los actos... ¿Verdad que á éste le conocemos todos?

Pero yo, ¡oh anarquista burgués!, no escribo para tí. Quisiera para lectores míos á gente más rectilínea, más honrada y más previsora; quisiera, por ejemplo, á estos socialistas madrileños que han condenado categóricamente la huelga general. Porque si por detrás de esta huelga se vislumbrara una organización más humana del trabajo, en lugar de las muertes, las prisiones, las brutalidades y los excesos de autoridad que serán su única con-

secuencia, ¿qué hombre generoso no coadyuvaría al movimiento?

Estos socialistas muestran una vez más el admirable sentido de la realidad que guía la mayor parte de sus actos; y digo la mayor parte, porque en varias ocasiones he sentido contra ellos profundos resentimientos... que no obedecían á motivos personales. Pero dejemos estas cosas para más adelante.... Resignense hoy por hoy los socialistas á que los libertarios digan de ellos que se han vendido al oro del Gobierno. También de mí ha dicho alguno de estos que mis ataques al anarquismo se inspiran en combinaciones maquiavélicas. Ya hay quien me cree diputado en ciernes, gobernador, etc. etc. ¡Comprendo, comprendo!

Aquí en España se han dado radicales de una especie muy curiosa.—¡Libertad, democracia!, y el gran tribuno pedía á sus amigos tres ó cuatro mil duros al mes. Es lo que exclamaba ante sus íntimos: “Cuando la humanidad produce un hombre como yo, se encuentra en el deber de alimentarle dignamente.”—¡Democracia, libertad! y el gran orador pagaba por su cocina cincuenta duros diarios.—¡Libertad, democracia!, y el político grandilocuente descubre la oreja en cada gaturperio de la hacienda española. ¡Pero si en España, exceptuando á los socialistas y algunos, pocos, republicanos y liberales por honrados, y á los fusionistas por... todo lo contrario, casi puede establecerse la proporción de que la decencia de las gentes está en razón inversa de lo avanzado de sus ideas!

¿Están contentos los señores neos? ¡Pues descontentéense!... Lo que me ha enemistado con los respetables anarquistas es haberles dicho que en el fondo son católicos rancios. El anarquismo es planta genuinamente católica, germinada, abonada, cuidada y extendida en los países católicos, (para mí son tan católicos los rusos como los romanos), que no ha podido florecer en pueblos protestantes. A és-

to se me ha contestado que eran alemanes los llamados mártires de Chicago y que hay algunos ingleses anarquistas. Lo concedo sin dificultad. No negaré que existan algunos centenares de ácratas alemanes y anglosajones. Pregunten los libertarios españoles á sus compañeros de Nueva-York quiénes constituyen las sociedades anarquistas... ¿A que no llega al cinco por ciento el número de afiliados nacidos en la América del Norte ó en Inglaterra?... Y es que donde se haya enseñado al pueblo á pensar por su cuenta, se hace imposible la extensión indefinida de un sistema dogmático y cerrado, como lo es el anarquista... Y es ésa una tesis cuya demostración me propongo completar en breve, aunque no en una crónica.

Examínese el carácter de estas huelgas. Supongamos que ante la perspectiva de una paralización general se pongan los obreros á pensar maduramente sobre lo que les conviene. No tienen dinero para defenderse; á los dos días de cesar el trabajo se encuentran ante el problema de la vida... Necesitan asaltar las panaderías y los almacenes de comestibles, pero aquí tropiezan con el ejército que rechaza sus ataques y garantiza la libertad de la calle... ¿Qué hacen los obreros?... ¿Resisten? Se les fusila. ¿Se recojen en sus casas? Se mueren de hambre; los menos heroicos—y todos los hombres no pueden ser héroes—reanudan el trabajo; la huelga se pierde; el sable se entroniza; disuélvense las asociaciones... y quedan los obreros escarmentados para tres ó cuatro años.

Esto es claro como la luz... y, sin embargo, la huelga se declara... ¿Por qué?... Por el fondo m lagrero de la herencia y de la educación católicas... Se sabe que la huelga ha de perderse y se cree sin embargo en que saldrá de la huelga la redención, el bienestar para todos... ¿Qué más da la fé en el santo patrono ó en la huelga general?... ¡Siempre es la fe, la fe católica en el dogma, que no es la fe pro-

testante en la acción, si no la fe en el milagro, en lo que viene de fuera, en lo que se nos da hecho y nunca la fe en la conciencia y en la obra propias!... Y los que á pesar de todo continúen pregonando la eficacia del catolicismo en la cuestión social, díganme para qué han servido los 171 conventos que hay en Barcelona.

* * *

Las cuestiones Silvela-Blasco Ibáñez, Fernández Bernal-Blasco Ibáñez, Muro-Blasco Ibáñez y Cubells-Blasco Ibáñez, que tan alto han puesto el pundonor de la española caballería y tan señalado servicio han prestado á la patria literatura, dando motivo á mi amigo Saint-Aubín para que, en uno de esos relatos epopéicos que suele dedicar á los lanceros de honor, nos dijera cómo los Sres. Blasco Ibáñez y Fernández Bernal dispararon sus pistolas "desviando la puntería,... (y vayan incisos)...; pues bien; esas cuestiones han tenido desenlace imprevisto.

Según declara un tribunal de honor, compuesto de los Burell, Canalejas, dos generales que han estado en Cuba y un marqués, todos los individuos que han intervenido en esos asuntos, son perfectos caballeros, menos uno: el noble, el simpático, el bondadoso, pero el pobre, el sóbrio y el modesto Castrovido.

Y yo que sé que Roberto Castrovido no ha mercado sus convicciones por un acta, ni comido de los fondos de Gobernación, ni fué nunca chacal de tribunales, ni expolió las colonias, ni hace la vida de los altos garitos, ni emplea su poca ó mucha influencia en interceder por los tahures,... yo que sé que á pesar de la ligereza de su pluma—ligereza lamentable en varias ocasiones—ha sido y es y seguirá siendo—cuestión de temperamento—uno de los pocos periodistas españoles que jamás persigue en sus artículos su medro personal; yo que siento, al estrechar la mano de Castrovido, que se cumple el fenómeno raro de juntarse dos manos honradas... ¿qué idea quieren ustedes que yo tenga de los caballeros que aquí se dedican á la fabricación y reparto de la honra?

...Por fortuna, mis creencias religiosas no me permiten alternar con ciertas gentes...



EL ARTE

Los Parques abandonados

El Ayuntamiento de Madrid, con un admirable refinamiento y no por descuido, abandona los antiguos jardines de la corte. Yo creo en la estética de los concejales.

No quiere el Municipio parques geométricos, perfilados á punta de tijera, escamondados como rostros sometidos al barbero, con avenidas cubiertas de cascajo y estatuas modernas á las que los aguaceros y los años no han tenido tiempo de entonar con la pátina multicolor del musgo y de los líquenes.

Felicito á los concejales por su exquisito gusto.

Pero me temo que el espíritu activo y reformador del alcalde actual, que ha elevado un monumento á la Caridad con el ladrillo recocho de los asilos de Santa Cristina, y que está urbanizando casi la Moncloa, llegue á los antiguos jardines del camino del Pardo.

Es de esperar que una artística desidia salve estos jardines.

Ya han amargado para siempre el paseo favorito de muchos madrileños, colocando á la entrada de la Moncloa el grupo de Daoiz y Velarde. Este marmóreo y venerable mamarracho, como otros más modernos de su misma calaña debía estar cuidadosamente arrinconado entre los ramajes espesos de un paraje poco accesible, después de haberlo te-

nido en un sitio húmedo para que el moho aminorara su blancura de pilón de azúcar.

Con motivo de las fiestas de la coronación del Rey, puede ser que manden á la Florida alguna brigada de jardineros que la estropeen. Sería lamentable.

Recuerdo mis paseos por aquellos parques casi siempre solitarios. Pasada la fuente del Caño gordo hay un estanque cuadrado y profundo. El agua que brota entre el césped por una cañería de barro es tan cristalina que se divisan en el fondo del estanque las hojas muertas de los plátanos entre el légamo verdozo.

Rodea el estanque por tres lados un pretil de grandes losas; el cuarto, tiene una balaustrada de granito con manchas de musgo.

Rompe la absoluta simetría de la baranda el hueco vacío de algunos balaustres desaparecidos, y así es más bella, porque se cumple la ley eterna de belleza que impone la variedad del detalle dentro de la armonía del conjunto.

Encima de la balaustrada surgen los cipreses de una avenida. Las copas de verde oscuro se perfilan sobre el fondo dorado de las colinas lejanas y sobre el cielo límpido.

La procesión trágica de aquellos árboles, iguales en forma y en color, sigue hasta un bosquecillo de acacias secas y amarillas.

Retrata el estanque con profundo azul la balaustrada de piedra, el cono esbelto de los cipreses, y entre las hojas secas que flotan en el agua, ríela la blancura versátil de las nubes que pasan por el cielo como bandas de gasa.

El agua reposa; tan solo alguna burbuja se desprende del légamo y sube desde el fondo á romperse en la serena superficie que palpita un instante y torna á su quietud.

Muchas veces he tratado de pintar este paisaje, melancólico como un cuadro de Arnoldo Böcklin, y siempre he abandonado los pinceles con desaliento.

El natural avaro ha escondido su secreto, y mi pintura es una pálida imitación, inerte, sin la placidez tranquila del paraje.

Una tarde de otoño, cuando empiezan las lluvias y las hojas amarillas caen en los senderos, sentí el deseo de pintar, y fui á la Moncloa.

Era una tarde destemplada y nebulosa, el cielo cerrado amenazaba lluvia. No corría aire y esperaba que se mantendría sin llover.

El paseo estaba desierto; ninguna enamorada pareja, ningún paseante, ningún golfo desocupado entre los bosquecillos; tan solo las urracas lanzaban su graznido burlón y desaparecían volando en la espesura.

A lo lejos sonaba un organillo, y de vez en cuando el alarido doliente de una locomotora.

Me senté junto al estanque y contemplé el paisaje.

La elegancia augusta de los cipreses, el misterio del bosque, la lejanía azulada de las colinas bajo el cielo otoñal, la luz plácida que aclaraba el fondo del estanque, eran de una eterna quietud. La vida había abandonado el jardín; una ráfaga de viento, el aleteo de un pájaro ó el temblor de una rama trastornando aquel recogimiento de sueño, le hubieran dado la banalidad de un episodio.

Todo estaba inmóvil, aprisionado en el am-

biente como en el interior macizo de un cristal invisible.

* * *

Apenas comienzo la pintura, cuando caen gruesas gotas de lluvia, y el ramaje de los árboles se estremece al viento,

Arrecia en un instante la tormenta, las ramas se balancean sin descanso, se desprenden las hojas secas que giran en el aire y caen á tierra como pájaros heridos; la voráGINE del viento las arrastra, ruedan por los andenes, y en las plazoletas bailan zarabandas hasta que la lluvia las defiende en el suelo encharcado.

Abandono la pintura, me guarezco á socaire de un tronco, y aguardo á que escampe; pero la cerrazón del cielo me hace perder las esperanzas de continuar mi trabajo.

El murmullo continuo de la lluvia sobre la hojarasca aumenta con la violencia del chaparrón y las bayas negruzcas de acacia, retorcidas como cuernos de cabra, suenan castañeteando al caer.

Los últimos términos del paisaje apenas se vislumbran; todo lo lejano se hace gris y nebuloso, borrado por la espesa cortina de agua; en cambio cerca de mí, los troncos, las hojas y la tierra, barnizados por la lluvia, adquieren vigor extraordinario; los chorros de humedad rayan de negro la corteza de los árboles; el suelo se oscurece al mojarse; y la hojarasca, antes de un tono pajizo, es de color anaranjado.

Algunas hojas desmenuzadas, esparcidas sobre el césped verde empapado, tienen los destellos vivos del topacio y del rubí.

Si amaima el chubasco, veo el paisaje más vigoroso; me sorprende á veces un detalle que no había apercibido: el tono de un árbol, la perspectiva de la espesura, el brote cubierto de hojas tiernas, aparecen como las bellezas ocultas de una tabla, largo tiempo olvidada de un maestro, cuando se levanta la costra impura que la cubre.

Las tracerías y recodos del parterre recortados en boj y en mirto, no conservan la rigidez geométrica que les dió el jardinero. Las esferas de ciprés perdieron su antigua forma, y las matas silvestres invaden los andenes que estuvieron en otro tiempo cubiertos de arena y de cascajo.

Velado por el espeso cortinaje de la lluvia, el jardín abandonado parece el fantástico escenario de una pesadilla. El viento y la lluvia azotando aquel paraje, se apoderan de lo que antes perteneció al hombre; y las plantas humildes y los grandes árboles, se entregan con deleite á la caricia salvaje de la tempestad.

El hombre allí, pasó atormentando á la naturaleza; limó, recortó, perfiló en formas regulares el vegetal siempre irregular que se doblegaba bajo la cuchilla; la poda ensanchaba lo que sube, elevaba lo que cae; retenida la savia en las ramas, producía nudos y tumores monstruosos; lo que brotaba fuera del plano y de la línea, era mutilado.

Una primavera la cuchilla del jardinero no trabajó; y las plantas, tercás, que guardan su espíritu tenaz en la tierra, rompieron las trabas, ascendieron en busca de aire y de sol, florecieron en los espacios que el hombre con denaba á ser estériles, y treparon por el muro hundiendo las raíces voraces en las junturas del sillar.

El musgo y el liquen tapizaron de terciopelo verde los rincones umbríos.

En el jardín que tornó á la naturaleza libre, flota el recuerdo vago de la vida pasada.

¡Bello jardín olvidado! Jardín melancólico con la melancolía de las cosas que fueron.

Delata que sobre nuestro esfuerzo está otro esfuerzo superior y misterioso.



LA POLÍTICA

En los momentos en que escribo esta crónica - en el Ateneo—el saltimbanquis de Romero Robledo está pronunciando un elogio de Campoamor.

A tal poeta, tal político. Romero Robledo es el símbolo de nuestra frivolidad política; Campoamor es el emblema de nuestra vulgaridad literaria. La juventud española desprecia profundamente á este rimador trivial que no tenía ni los adarnes de idealidad en la cabe-

za... Baroja sonrie irónicamente de las *Doloras*; Maeztu dice que Campoamor es un Gamazo. Y aquí, en el Ateneo, mientras esta conmemoración se realiza, á todo el mundo oigo en los pasillos abominar de este señor prosáico. *Sí, es un poeta plebeyo... Es un hombre terre á terre... Escribía versos como los aforismos de Hipócrates...*

Anoche, en casa de mi buena amiga doña Emilia Pardo Bazán, mientras tomabamos un

té que me pareció excelente—mejor que un *pequeño poema*—una señora extranjera de-
cia con mucha amabilidad, con mucha sua-
vidad:

—¿No les parece á ustedes que Campoamor es un poeta vulgar?

Sí, sí me lo parece. Y esta mañana me han pedido un autógrafo y he puesto lo siguiente: *Campoamor me da la idea de un señor asmático que lee una novela de Galdós y habla bien de la Revolución de Septiembre.*

Porque Campoamor encarna toda una época, todo el ciclo de la *Gloriosa*, con la estu-
penda mentira de la Democracia, con sus po-
líticos discursadores y venales, con sus pe-
riodistas vacíos y palabreros, con sus drama-
turgos tremebundos, con sus poetas detonan-
tes, con sus pintores teatralescos...

Campoamor es la síntesis de una época que
desaparece. Y esta sesión apologética es la
añoranza de los viejos por un tiempo de hi-
pocresías y vulgarismos, de total ausencia de
generosidad y de ideal.

Y esto no será, lector amigo, política, pero
es tan vulgar, torpe, desmañado y odioso
como la política, como un discurso de Romero
Robledo, como un artículo de Canalejas...

... Y figurete, amigo lector, que te encuen-
tras nada menos que con el apóstol Pablo, allá
por los primeros años de la Era cristiana.

—Eres un imprudente—le dices;—estás so-
liviantando con tus predicaciones á una por-

ción de gente ingénuo... Eso es indigno... To-
dos los hombres no podemos ser iguales ante
ese Dios que habéis imajinado. Vosotros pre-
tendéis mejorar la sociedad, y lo que conse-
guis tan sólo es llevar á la muerte á una por-
ción de infelices. ¿Qué adelantáis con eso?
¿Qué conseguís con que corra la sangre de
tantos como creen en esas utopias?... Esclavos
habrá siempre, á pesar de todos vuestros dis-
cursos; la esclavitud es una de las bases del
orden; sin ella no podría existir la sociedad...
Y después, vosotros sois una miríada; y el
emperador es fuerte, y tiene ejércitos que os
perseguirán inexorables... No seáis impruden-
tes; sometéos y dejad que corra el mundo como
hasta aquí ha corrido... Yo sé que todos nues-
tros dioses son falsos... pero les rindo culto...
y sonrío irónicamente..

Y no copió más de lo que tú, lector, que te
llamarias Flavio, ó Ticio, ó Mevio, y tendrías
acaso tus veinte ó treinta esclavos, dirías á
este buen hombre—un poco exaltado—que se
llamó Saulo y se convirtió á las *nuevas ideas*
un día que iba á Damasco.

* * *

Con esto queda hecho el epílogo de lo más
importante ocurrido en la semana.



EL REALISMO REAL

Dos cartas y un cuento

La pena es consecuencia fatal del delito. Dios perdona a los reos castigados por el Código; y los hombres hacen justicia porque no conocen con exactitud las leyes de la naturaleza.

Al enemigo que huye
puente de plata,
al que á traición ofende
traider le mata.

PRIMERA CARTA

San Francisco de California, á tantos de tantos de tantos.

Mi buen amigo Silverio: Estamos disgustadísimos contigo, porque hace seis meses que no nos escribes, y esto no está bien que lo hagas con unos amigos que tanto te quieren.

Margarita te recuerda constantemente, y consentiría que la volviesses á llamar *margot*, con tal que estuvieses aquí y fueses el consejero de nuestro Enriquito, que ya tiene tres años.

Dice ella que tú sabes entretener á los niños y á los viejos, y supongo que también te ocuparías en entretenerme, porque mis sesenta y tres años, que han estado tan llenos de contrariedades, me agobian con su terrible pesadumbre, y daría los que me restan de vida á cambio de volverme joven. En fin, no quiero hablar más de esto, que tú adivinarás perfectamente.

Mis negocios van muy bien, aunque esto no sea Jauja; y si muero, te suplico que vengas en seguida á ponerte al frente de mis asuntos.

Tengo una alegría muy grande que comunicarte, y es que vamos á tener otro chiquitín, que nos hacía mucha falta, porque siempre estábamos pensando qué sería de nosotros si perdiésemos á Enriquito, ¡no lo quiera Dios!

Margarita está de cinco meses, y tienes tiempo, si quieres, de venir á ser el padrino. ¿A que no te atreves?

He leído todos los libros que me enviaste, y todos te los agradezco, pero singularmente *La Estatua*, de nuestro querido Urrecha.

Es un libro admirable, que para mí es interesantísimo.

Te encargo que seas buen amigo de Urrecha, porque merece que se le quiera con sinceridad.

Si publicas los cuentos para tus amigos, no olvides uno para mí.

Margarita no te escribe porque no está buena, ni le sienta bien este país.

Si me envías libros, envíame algunos de la Sra. Pardo Bazán, que, según me dices, pertenece á la nueva escuela y habla de mi patria en sus escritos.

Margarita me da un apretón de manos para

que te lo envíe. Enriquito ha besado estas letras, y yo te mando con ellas mi corazón.

Tu buen amigo que te abraza, *Enrique Soto*.

Publico esta carta para satisfacción de la verdad; y cumpliendo los deseos de mi amigo, Enrique, hago el cuento que á continuación copio.

EL CUENTO

Mi continuo temor cuando estoy en París es que se hunda la tierra bajo el peso de un pueblo tan grande.

Es París un cedazo colosal, hecho por la crítica para cerner los hombres y las ideas, y por eso lo que se sostiene sobre el cedazo es siempre una maravilla. Lo único que nunca se conserva son las lágrimas, y aun no sabemos si es París la ciudad donde más se llora.

Yo creo que sí; y también lo creerán cuando se enteren del drama que voy á referir.

Henri Bocage era español y el primer grabador de Francia; había ganado sus millones y su cruz de la Legión de Honor, y hubiera sido feliz á no haberle hecho desgraciado la que fué madame Bocage.

Cuando el insigne artista se convenció de que le era imposible vivir con su esposa, buscó la manera más delicada para terminar el conflicto, y firmo un convenio particular, obligándose á entregar mil francos mensuales á su mujer. Ésta, viéndose libre, se lanzó á la vida canallesca de las mozas del partido, y así murió.

Cuando ocurrió aquella muerte, tenía Bocage una hija que no pudo reconocer, y cuya madre se suicidó maldiciendo las leyes que condenan á perpetua infamia.

Henri colocó en compañía de su hija á una respetable señora, y el padre se llamaba tío de María. Solamente Bocage conocía su parentesco y lo ocultaba, esperando ocasión para legalizar de algún modo el origen de la inocente niña.

Y como Henri era artista y hombre sensato, y madame veuve Lapin era señora seria é ilustrada, resultó que María, á los diez y ocho años, tenía el alma tan pura y tan llena de encantos como su cuerpo.

No escribo un juicio crítico, sino el relato de una historia, y seré muy conciso.

Mr. Plat de la Montaigne, jefe de la caballería francesa y descendiente de una ilustre familia, se enamoró de la hija de Bocage, y María se enamoró del bizarro militar.

Como siempre ocurre, los novios guardaron bien el secreto de sus amores, y de estos se enteró Bocage cuando su presunto yerno le pidió la mano de María.

—Yo ignoro, señor mío, su grado de parentesco de usted con la señorita á cuya posesión aspiro, pero María me aconsejó que diese este paso, porque entiende que usted es su único pariente y protector.

Mr. Bocage estuvo á punto de desmayarse.

—Entiende bien, sí, señor.

—Pues, celebro no haber dado este paso inútilmente.

—María es huérfana desde muy niña.

—Así será, porque según me ha confesado sólo tiene de sus padres recuerdos muy confusos.

—Sí, señor; muy confusos.

—Supongo que en todo ello no existirá ningún obstáculo, que sería para mí una funesta desgracia.

—Creo que no.

—Su contestación de usted me prueba que en principio acepta usted mi petición.

—No, señor, ni la acepto ni la rechazo, ni puedo contestar á usted nada definitivo hasta que hable con mi sobrina.

María dijo que estaba enamorada, y Henri comprendió que aquellos eran los primeros amores, los que equivocadamente se llaman eternos, cuando no son sino impulsos reflejos, sensaciones no definidas, actos involuntarios en los que no interviene la conciencia. Quizá

yo me equivoque, porque todo es lo que es y no lo que quisiéramos que fuese.

Pero el problema quedó planteado, porque el novio estaba resuelto á no esperar más, y porque no era lógico negar á María un marido oven, guapo, rico, aristócrata y jefe de la caballería francesa.

Henri comprendió que el tiempo no había de arreglar aquel asunto, y, por tanto, que era preciso tomar una resolución seria. Además, la situación de los personajes era extraordinaria, porque faltaban á aquellos amores la ordinaria presentación social, la relación subsiguiente y todas las circunstancias que convierten al enamorado en marido.

De todo esto dedujo el artista que un aristócrata que ama olvidando sus costumbres, debe estar muy enamorado, y se decidió á decir á Mr. Plat casi toda la verdad; ocultó su parentesco con María, pero advirtió al novio que ésta no tenía padres legítimos ni conocidos.

Entonces supo Henri que el honor es extraordinariamente relativo, porque Mr. Plat dijo que no se casaba con una muchacha sin nombre, y como Bocage le citase otros casos análogos, el aristócrata respondió que las viudas tienen el apellido de su primer esposo, y con esto tienen suficiente garantía para viajar con su marchamo sin verse obligadas á justificar su primitiva procedencia.

Lo mismo que ustedes pensó acerca de esto el desgraciado padre, y convino en que era preciso buscar á su hija un marido que pronto la dejase viuda. Pero aunque París es grande no se halló fácilmente quien prestase este servicio, y por eso Henri se decidió á casarse con su hija, tirarse al Sena, y dejar á María viuda del más ilustre artista de la Francia.

Yo le aconsejé que no se casase; que tirase al Sena al aristócrata atado á un ejemplar del Código del Honor y aguardase tranquilamente á que María encontrase un novio más amante y menos aristócrata. Pero nadie sigue mis consejos, y por eso los doy. Mr. Bocage

realizó su plan y lo realizó fácilmente, porque María se resignó á obedecer la voluntad de su tío, á quien debía todos sus goces; quizá pensaría la muchacha que su celoso tío, con sesenta años, había malogrado la boda con Mr. Plat.

Ello es que se casaron, y en aquella primera noche de esposos, María dormía en su alcoba, mientras Henri ordenaba sus papeles, releía las cláusulas de su testamento y se disponía á irse al otro mundo pasando por el Sena.

De las presunciones y averiguaciones hechas resultó que á las tres de la madrugada, y antes de salir de su casa, entró Bocage en la alcoba para despedirse de su hija. Nadie conoce lo que allí pasó, y sólo se sabe que á la mañana siguiente estaban á orillas del Sena las ropas del artista y de su esposa, y con ellas una carta en que hacían público su deseo de suicidarse juntos.

Yo quedé aterrado. ¡Oh admirables dramas que entrañáis los más áridos problemas psicológicos! ¡Quién pudiera analizaros y describiros!

Descansen en paz aquellos dos desventurados que así dejaron satisfecha la sana moral.

SEGUNDA CARTA

Amigo Silverio: Por casualidad he podido cumplir su encargo de usted. Ya nadie se acuerda de Mr. Plat de la Montaigne, y repito que por casualidad he sabido que ese señor se halla en San Francisco de California desde hace más de tres años.

Etcétera, etcétera.

Suyo afectísimo, *Alejandro Sawa*.

Esta carta me llenó de satisfacción.



LOS OBREROS

Hagamos por anticipado el balance de este sangriento ensayo de revolución social española, que tiene su principal foco de desarrollo en la capital de Cataluña. Ha vuelto todo á la normalidad. La tropa y la guardia civil han reingresado en los cuarteles, y los obreros asisten á las fábricas. Recordemos el día silencioso, triste, profundamente trágico en que los huelguistas de Montceau-les-Mines, volvieron á la galería y al pozo, humillados los rostros, desencajada por el hambre la fisonomía, llorosos los ojos de rábica constreñida. ¿Qué se ha ganado? Lo que se ganó en el verano pasado—y cito el caso por ser entre sus análogos el más reciente—en esa desdichada región de Saint-Etienne; lo que se ganó derribando á Mac-Kinley y á Cánovas del Castillo de un pistolotazo, á Carnot de una puñalada. ¿Es que la experiencia es cosa despreciable? ¿Entonces para qué meternos en ensayos? ¿Acaso no basta para apreciar definitivamente su eficacia, el número lamentable de los que van realizados? ¿O es que nos vamos á embarcar en un nuevo romanticismo, porque nuestro espíritu soñador necesita encubrir con más sangre de héroes la prosa de la lucha económica? ¿Estamos ciegos? ¿No vé el pueblo que antes entregó al Estado y á la burguesía el arma utilizada para vencerle? El arroyuelo miserable del barranco de la sierra que pulimenta suavemente su lecho de roca, ahonda los valles, los abismos más profundos. El torrente impetuoso, la inundación violenta, los ciega, si carece de fuerza avasalladora. Lo edificado en el firme cimiento del

tiempo, no lo derrumba la racha tempestuosa de un momento, cuando sí con una mano se empuja, se sujeta con la otra, y las fuerzas se complementan y se anulan. ¡Ah, que arma tan admirable la de la huelga general, dotada del poderío requerido para la victoria!

¿Qué se ha ganado? Al día siguiente de la paz, la reacción represiva apretará con su mano de hierro, todavía más injusta, todavía más inhumana, más cruel, más cegada por el instinto de defensa. Verá el obrero deshechas ó en suspenso sus asociaciones de resistencia, cerrados sus centros, suprimidos sus periódicos, prohibidas sus reuniones, violada su correspondencia y su domicilio; verá ser perseguido, encarcelado, envuelto en la maraña del proceso, amenazado por la sentencia y por la condena. ¿Qué ha ganado? Al choque contra la muralla vieja y ruínosa, pero todavía firme y resistente, rebotó hacia atrás, cayendo maltrecho. Toda la admirable labor intensiva de los últimos años, quedará seriamente comprometida, si no destrozada. Habrá que empezar de nuevo, después de un periodo de inacción indispensable para producir la confianza, y al cabo, hé aquí cómo un movimiento que pretendió ser de avance resulta convertido en un gran paso de retroceso. Y por este retroceso arrastrados, hacia atrás iremos todos. Tildaba yo á los obreros por su indiferencia ante la política, de mantenedores del régimen que nos deshace. Ahora pudiera achacarles el posible advenimiento de una situación de fuerza, afirmadora de ese régimen reaccionario.

Se negará quizás autoridad al juicio formulado fuera del medio en que la pasión se desenfrena, en que la necesidad trastorna, en que la paciencia se agota. Pero seamos razonables; á la fuerza hay que serlo, sino por condición, por experiencia. ¿Por qué así os lo recomiendan los anarquistas pensadores que son vuestro verbo? ¿Por qué el gran Tolstoy recientemente impresionado por los sucesos de Sevilla, derramó una lágrima por el hombre malo y os mostró el poder colosal de la

rebeldía pasiva, limitada á cruzarse de brazos? Trabajad por la humanidad. El triunfo no será vuestro. Pero el caso es un caso de conciencia, y el triunfo vendrá seguramente.



El "Viejo Pastor",

En el Congreso se discuten los acontecimientos de Barcelona. Azcárate ataca al Gobierno por haber suspendido las garantías constitucionales, Maura le acusa de no tener prestigio, Romero Robledo opina que en Barcelona ni en ninguna parte hay cuestión social. No hay más que cuestiones de orden público y después de este descubrimiento sorprendente y de dirigir una invocación solemne al Altísimo para que guarde al Rey, á la Reina y al Sagrado Capital, se sienta el hombre tan convencido de que ha dicho algo.

Habla Sagasta y se persuade uno de que á pesar de su edad y de sus achaques es el único hombre con sentido común de todos los que se sientan en los bancos de ese charladero de la plaza de las Cortes.

Si solo en los países con gobiernos desprestigiados—le dice á Maura—hay huelgas como las de Barcelona, Francia, Italia, Bélgica, Austria tienen y han tenido gobiernos desprestigiados. A Romero, que le acusa de no haber suspendido antes las garantías constitucionales, le pregunta lo que hubiera opinado Azcárate de esta decisión cuando ahora le parece prematura.

El viejo está en lo cierto, argumenta mejor que los contrarios. ¿No hay gobierno?—les dice.—Bueno estaria este país si pasara tres días sin gobierno. Y tiene razón. Pero cuando Sagasta habla de que hay que estudiar esas cuestiones sociales, se convence uno de que habla para salir del paso. ¿Estudiarlas? No estamos ya en el caso de estudiarlas, sino de resolver esas cuestiones.

Para eso no se necesitan grandes estudios, ni grandes conocimientos: basta la voluntad y la buena fe.

Y la burguesía actual para atrofiar las voluntades, para impedir la buena fe, ha inventado el parlamentarismo y la democracia.



LOS TEATROS

EN EL DE LA COMEDIA

(*Estreno de SACRIFICIOS, drama en tres actos, en prosa, de Jacinto Benavente. Ocupo la butaca número doce, de la quinta fila; se sienta en la número catorce un señor, ni alto ni bajo, ni guapo ni feo, ni rico ni pobre, ni listo ni tonto... Ejemplar corriente del tipo corriente. De seguro se llama D. José Sánc. ez y Rodríguez. Hablamos.*)

DON JOSÉ.—Pero, ¿verdaderamente le gusta á usted la obra?

Yo.—Sí, señor. A usted no. Ya lo veo, y lo esperaba. Sin embargo, usted aplaude...

DON JOSÉ.—Por cortesía. Observe que esto es un *suces d'estime*, como dicen los revis-teros. Aquí no aplaudimos al autor de *Sacrificios*, se aplaude á Jacinto Benavente por su labor anterior, por su...

Yo.—¡Menos mal que reconoce usted los derechos adquiridos!...

DON JOSÉ.—¡Sí, hombre, sí! Aún se conserva un poco de memoria. Y yo hubiera querido que el diálogo de *Sacrificios* fuese tan chispeante, tan ameno, tan ingenioso como otros que salieron de la misma pluma...

Yo.—¡Pero si el diálogo es admirable! ¡Qué naturalidad tan artística! ¡Qué delicadeza al expresar los sentimientos de los personajes! ¡Cuánta finura de observación!

DON JOSÉ.—Sí, sí. ¡Pero convengamos en que no está á la altura de sus hermanos!

Yo.—Tenga usted en cuenta que no se trata de una comedia de costumbres, que el satírico ha dejado su sitio al psicólogo y al poeta...

DON JOSÉ.—Sin embargo...

Yo.—Vamos; usted quería, por lo visto, que cuando el maestro Esteban cree perdida para el arte á Alma, su discípula, se hubiera desatado en chistes; que Doll, al contarnos su

infancia en el colegio, relatara las travesuras con que distraían sus horas las educandas; que Ricardo *fustigara* con frases sagradas á la sociedad, al medio en que vive, á...

DON JOSÉ.—¿Y usted cree que eso sería un defecto?... En las circunstancias más críticas, ante problemas pavorosos, Sagasta siempre tiene un chiste que nos hace reír

Yo.—(Muy indignado.) ¡Pero Sagasta nada tiene que ver con el arte dramático, aunque acabe con sangre todos los dramas!

DON JOSÉ.—No se enfade usted. Es un ejemplo. Por lo demás, y aunque usted se incomode otra vez, en *Sacrificios* no pasa nada. No hay caracteres, ni hay pasiones, ni acción... ¿Y ese es el Teatro que á ustedes les gusta? ¿Y á esto llaman ustedes trabajar por la verdad en el Arte? ¿Esa es la Naturaleza, la vida?

Yo.—¡Gracias á Dios que se pone usted en su terreno! ¡Se le ven á usted las orejas, noble amigo!... Quiero decir que conozco sus *clásicos*. Para usted sólo es acción lo que pasa por fuera, lo que tiene bulto, lo que desgarran los sentidos; no ve usted la acción interna de los seres y de las cosas, la que en el espíritu se desarrolla y palpita, dirigido, en definitiva, la vida toda... ¡El hilo que mueve los muñecos!... Y naturalmente, como no ve usted los formidables combates de las almas, solo le gusta la lucha brutal de los cuerpos, cuando lo hacen con arreglo, no á lo que son, sino á lo que representan. A esto llama usted *caracteres sostenidos* y aunque nunca haya tropezado con ellos en el mundo, le agrada encontrárselos, en la escena de un teatro. ¿Cómo vá usted á comprender, por ejemplo, que una niña como Doll, en *Sacrificios*, tierna y pura se suicide, al descubrir que se aman su hermana y su marido? ¿Como, que Ricardo,

amando á Alma, se case con Doll?... Usted juzga el suicidio, como un acto de valor y no comprende que un ser débil lo realice! Usted, que sólo habrá amado á sus horas, lo mismo que realiza sus comidas y sus *descomididas*, ignora en absoluto los mil matices, las diversas formas, los múltiples cambiantes de esa pasión que desprecia las *horas de oficina*, así en la vida como en el arte... ¡Caracteres sostenidos!... Es usted como los malos cómicos que cuando interpretan un general de Ejército ahuecan la voz y se enfadan hasta para pedir un vaso de agua, como si la dulzura no fuera compatible con el generalato... Y, es claro que, llama usted pasiones á esa elefantiasis de los afectos con que el romanticismo nos ha deformado el espíritu, ó á los trozos de carne crudos y sangrientos, con que un frío y seco naturalismo á *todo trapo*, ha querido saciar nuestros justos anhelos de progreso...

DON JOSÉ.—Bueno, bueno, todo eso estará muy bien...; pero á mí no *me llena* el drama *Sacrificios!*

Yo.—Eso es otra cosa, Quédese usted en su sitio... Pero déjeme á mí admirar ese delicado estudio de almas, esa tibia pintura de un ambiente, felicísimo avance del teatro íntimo, artístico, apenas vislumbrado entre nosotros..

DON JOSÉ.—Hombre, íntimo, íntimo... ¡No se lo que eso quiere decir!

Yo.—¡Ni tampoco le importa!

DON JOSÉ.—¡Pero me río yo de la intimidad! Al terminar el primer acto, Alma ha de-

jado entender á Ricardo que le guarda, para que sea feliz, el cariño de su hermana...! Y al levantarse el telón en el acto segundo, nos encontramos con que Doll y Ricardo ya están casados!... Por mucha que sea la intimidad, convenga usted conmigo en que esto no está muy justificado que digamos...! ¿Cuándo se ha visto eso en el teatro?

Yo.—(*Riendi con ganas.*) ¡Eso tiene gracia!... ¡Usted quería que se casaran delante del público!... ¡Y además invoca usted los *precedentes* en el arte!... ¡Usted será un excelente parlamentario!

DON JOSÉ.—Usted entiende lo que le quiero decir... Pero, no discutamos. ¿Para qué? Insisto en que *Sacrificios* no me llena.

Yo.—Y yo en que me gusta mucho. Y perdóneme si le digo en tono de dómine, que no todas las obras pueden ni deben verse desde el mismo punto de vista.

DON JOSÉ.—Dispense, pero yo tengo la misma butaca en todos los estrenos.

Yo.—Pues desde ella debería usted ver algunas obras... Otras desde la galería... ¡Y otras desde la calle!

